

¡Pobre viejo!

Genal de la Parra

Una tarde del pasado mes de mayo, regresaba yo de una pequeña aldea que se halla recostada en una elevada colina de nuestro concejo. Había ido al pintoresco lugar a cumplir una delicada misión que compañeros y amigos me habían confiado. Regresaba satisfecho por haber cumplido con tan noble deber y alcanzado el fin perseguido con mi visita. A la salida del pueblecito, en un pequeño recodo que hace el camino, me encontré sentado sobre el verde césped, a un pobre viejo, de aspecto venerable, en actitud meditabunda y de andrajosa indumentaria. En su arrogante figura se deja ver que en el vigor de sus años poseería una fuerza atlética desarrollada quizás prematuramente en las duras faenas del campo. Al lado del anciano varios niños, con sus ropitas sucias hechas jirones, se entretienen en desgajar las ramas de los helechos y en coger algunas flores silvestres.

Saludé al anciano, a quien conozco hace varios años, y me invitó a que tomase asiento a su lado, obedeciendo amablemente su mandato, ya que me había manifestado sus deseos de charlar un rato conmigo.

Hablamos primeramente de la guerra actual, de la cual, el pobre viejo, tenía algunas noticias, por leer un periódico entre un grupo de vecinos que se reunían todos los días al obscurecer, en determinado sitio del pueblo.

Acriminamos la guerra más cruel, más inhumana que en los lejanos tiempos históricos, nos dolimos de la regresión atávica a la época en que los hombres habitantes de bosques y cavernas peleaban con las fieras y con sus semejantes, con furor salvaje.

Nuestra conversación procuré encaminarla a que el anciano me contase los episodios de su vida. Su vida de joven, sus amores, sus travesuras las rememoraba dulcemente con el semblante alegre y la sonrisa en los labios.

El anciano fumaba con satisfacción un cigarro que antes le había dado, el cual me agradeció mucho, porque durante el día no había fumado más una colilla y hasta el siguiente día que era domingo su hija no le traería tabaco porque en casa no había cuartos. Tengo bastante arraigado el vicio de fumar -me decía- ¡pero si no careciese de otras cosas! ¡Si vieras como vivo!

Tengo confianza de ti: más de una vez cuando eras niño te acaricié en mis brazos, conozco tu modo de ser y por eso te voy a contar la pícara vida que se me depara cuando ya estoy a las puertas de la muerte que a veces deseo que se abran para mí.

Mientras pude trabajé mucho, revolví mucha tierra, seguí hierba, agrandé, mejoré y cerqué fincas; planté muchísimos árboles, crié mucho ganado, tuve cinco hijos que también crié, como tu sabes que crían a sus hijos los siervos del terruño; dos de ellos que constituían mi mayor esperanza me los llevaron a la maldita guerra de Cuba y allá perecieron; otro de los varones, se me marchó para Buenos Aires donde según me informaron, se casó sin que nunca haya tenido para su padre una peseta. Las hijas, una era delicada de salud y falleció cuando tenía quince años y la otra la casé en casa que es con la que vivo. El costo del embarque de uno de los hijos, varias pérdidas que experimenté en mis ganados, los años de malas cosechas y otros contratiempos me obligaron a empeñar algunas fincas que había heredado de mis padres. El interés que pagaba por el préstamo de las fincas era crecido, no lo podía pagar y fue aumentando el principal hasta que el prestamista se quedó con las fincas por mucho menos de su valor.

Viejo, sin bienes de fortuna, achacoso y sin poder trabajar, esto te dirá la suerte que alcancé en este mundo.

Para ayuda de mis males mi hija es tan fecunda que ya tiene siete vástagos. Puedes calcular en una casa pobre, con lo poco que produce la tierra, con tanto niño que alimentar, con tanta renta y contribuciones que pagar y sin contar más que con la mitad de lo que produce el ganado, la abundancia que puede haber.

Mientras ellos van al trabajo yo me quedo al cuidado de los rapaces. Siempre llegan cansados y sudorosos; este hecho y el penetrar en el hogar donde siete boquitas piden lo que no se les puede dar, donde les espera una comida que por su clase no puede reponer las energías gastadas en el trabajo, empeñados,

mal vestidos, puede darte una idea de la alegría que debe reinar en mi morada. Yo que comprendo con los apuros que vivimos y veo que constituyo una carga más para ellos, porque consumo y no trabajo, y les soy un estorbo, por eso hallo casi lógico, aunque no me lo manifiesten, que hasta la muerte me deseen, y esto viene a mi mente cuando en ratos de mal humor mi hijo político me suelta regañetes. Mi hija, la pobre, quisiera cuidarme bien, dándome los alimentos que necesito a mi edad, pero la infeliz no puede y esto supongo que la haga sufrir. El invierno lo paso muy mal, todo el tiempo lo llevo entre la cama y los tizones, y si deseo salir fuera no puedo, porque la ropa que tengo no da a mi cuerpo el abrigo que necesita: ¡no se para qué nacemos los pobres!

-Para producir mucho -le repliqué- y para morirnos de necesidad muchas veces.

El pobre viejo estaba enternecido, y más de una vez, durante la conversación, le vi enjugarse las lágrimas. Yo también me enternecí y miraba al suelo apartando mi vista del semblante del anciano por no ver en él dibujadas las huellas del dolor.

No quise que el viejo continuase hablando, no quería saber más detalles de una vida, de penoso trabajo primero, de miseria y de dolor después.

-Lo que a usted le ocurre pasa a una gran parte de los que laboran la tierra, roturan terrenos, mejoran fincas, plantan arbolados, crían ganados, fabrican manteca, hacen queso, crían hijos, pagan crecidas rentas y satisfacen onerosos impuestos.

Su trabajo del mejoramiento del suelo no les pertenece, la acción del tiempo o el progreso da otro aumento al valor a la tierra y no se la conceden; los árboles que planta ninguna remuneración les proporciona, si cría ganados no puede comer su carne, como tampoco puede satisfacer sus necesidades con otros productos, entre ellos los sacados de los animales. Todo es poco para atender a las numerosas cargas que pesan sobre ellos. La mayor parte de lo que produjeron sus brazos han tenido que desprenderse de ello. El Estado percibió una parte, la otra pasó a manos de particulares que, unos en forma de comerciantes, prestamistas y otros por privilegios adquiridos sobre la tierra, se lo llevaron.

Así está organizada la actual sociedad que ilustres pensadores han anatematizado por ingrata, torpe, cruel y egoísta, porque abandona al que trabaja, cuando viejo, después de darle el fruto de su sudor y el jugo de su inteligencia.

El Estado debiera de parar mientes en estas cuestiones, que son de humanidad y de conciencia, y reparar en lo posible estas desventuras de los viejos apegados al terruño, protegiendo y hasta organizando asociaciones mutualistas y cooperativas, donde el labrador llevase los céntimos que hoy entrega a los particulares, reservándose para sí el Estado un tanto por ciento de las utilidades de la cooperación. Además debiera reservarse el derecho de percibir todo aumento de valor que la tierra alcanzase, fuese este valor dado por el progreso o el tiempo, o por el trabajo del agricultor, hallando éste la recompensa en una pensión a la vejez que le librase en las postrimerías de la vida, de las amargas de la miseria.

-No te vayas, no es tarde, sigue hablando -me decía el viejo.

-Ya [ha] anochecido -le repliqué- y no puedo detenerme más.

Alargué mi diestra al anciano para despedirme y él me tendió una de las suyas cariñosamente sobre el hombro, diciendo: no quisiera para estos nietos idéntica suerte que la mía.

-No la tendrán, seguramente, porque el mundo marcha -le dije.

Genal de la Parra (seudónimo de Ángel Sarmiento González), “¡Pobre viejo!” en *El Auseva*, Cangas de Onís, 2 de octubre de 1915, año XXV, núm. 1.278, p. 1.